

ALEYDA MUÑOZ LÓPEZ
 Psicóloga - Psicoanalista

PENSAR CONTRA SÍ-MISMO, VESTIGIO DE UNA SUBJETIVIDAD DESGARRADA...

Por las paradojas que tejen la existencia de los humanos: la vida y la muerte, el amor y el odio, los afectos y el pensamiento, el saber y la ignorancia, la afirmación y la negación. En la serie extensa de opciones o determinaciones significantes, resaltan para Ciorán, aquellas que anudadas a sus antecedentes, lo marcan sin remedio.

Un padre sacerdote, una madre estudiosa y difusora de las ciencias religiosas, el campo de juego de su infancia: un huerto próximo al cementerio, un interlocutor cotidiano: el sepulturero de su pueblo, un juguete: las calaveras obsequiadas por su amigo, para patear y ver girar en el aire, una región de pastores y leñadores, dé vida simple pero en extraña conjunción con la desventura y la muerte y la melancolía ancestral transmitida por la madre; constituyen huellas relevantes de su itinerario vital, pero en los primeros diez años permanecieron latentes, mientras primaba la placidez de disfrutar el campo, la fantasía desprevenida y los privilegios afectivos de la infancia. Es un período recordado después como "el paraíso terrenal de Rasinari", del cual es expulsado cuando los padres le envían a completar su educación en Sibiu, una población próxima donde convive con una familia Sajona por un tiempo. En éste momento, hay un antes y un después que sugiere contrastes y cambios subjetivos: inocencia y/o conciencia, ignorancia y/o saber, acunamiento afectivo y/o separación que pone límites, identificaciones especulares y/o construcción de nuevos vínculos que confrontan.

A continuación un reencuentro con la familia por traslado del padre a Sibiu y entre los quince y veintún años Ciorán hace su recorrido por la academia, pero sobretodo lee y entra en la crisis de juventud, que gestada desde el origen, hace eclosión a partir de la búsqueda apasionada en los libros, de respuestas a los in-

terrogantes precipitados por la pérdida de la infancia. No en vano en éste momento crucial, se interceptan las manifestaciones de un cuerpo agobiado por el insomnio y el licor apaciguado temporalmente en el burdel y una subjetividad desfalleciente, excedida por la vigilia, en permanente errancia metafísica, erosionada de referentes afectivos que permitiesen una pausa a la *lucidez* —que en términos del mismo Ciorán— constituye una revelación brutal y que ahora rompe de cuajo los asideros simbólicos e imaginarios del adolescente.



El insomnio tiene efectos demoledores. La presión del tiempo, sin cortes, que parece deslizarse al infinito, aumenta la agonía, revela la inutilidad de cualquier resistencia y propicia la vacuidad de cualquier aspiración individual por el encadenamiento a una serie, surgida a voluntad del Demiurgo, que condena a padecer. Esta connotación arbitraria de la vida, provoca en la palabra una rebelión de dimensión sideral que más adelante en su obra, se plasmará en un libro de gran repercusión familiar. Sin embargo, al lado de la vociferación y la apostasía, tendrá interés por la vida y la escritura de los místicos, adscribirá su interés por las filosofías orientales y reconocerá la posibilidad divina a través de la música de Bach.

La selección de sus lecturas en éste período no es ajena a los dramas que vive:

Balzac, Tagore, Lichtenberg, Dostoievski, Flaubert, Schopenhauer, Nietzsche. Lee lo suficiente para considerarse "un especialista en el tema de la muerte", y mientras cursa su carrera (1928-1932) explora la filosofía y la historia del arte alemanas. A los autores mencionados se unen ahora: Kant, Fichte, Hegel, Husserl, Bergson y Chestov.

Según lo afirmó varias veces no fué un recorrido liviano. Profundizó lo suficiente en los temas que le interesaron, para emerger después vociferante desestructurando la pretensión de aislar el pensar del sufrimiento. El rigor de los sistemas, ciencia, filosofía o histo-

ria, no tienen prevalencia frente al saber obtenido del desequilibrio vital y del desgarramiento subjetivo. La escritura se convierte en su salvación, y aunque algunos temas recurrentes son la muerte y el suicidio, o su versión simbólica el pensar contra sí-mismo, en tanto constituyen un sesgo siniestro, no prevalecieron más allá del argumento porque en sus palabras: "Aunque tengo una concepción sombría de la vida, siempre he tenido

una gran pasión por la existencia, una pasión tan grande, que se ha invertido en una negación de la vida, porque no tenía los medios para satisfacer mi apetito de vida. Así, que no soy un hombre decepcionado, sino un hombre interiormente abatido por demasiados esfuerzos"².

La escritura fue su única actividad formal, a la que se aferró con denuedo, sin que ello le impidiera anunciar muchas veces que no lo haría más, o afirmar en algún momento: "toda palabra, es una palabra de más". Su primer libro, publicado en 1934, *En las cimas de la desesperación*, corresponde a la crisis mencionada, a partir de la cual según Liiceanu, —biógrafo privilegiado por haberlo conocido a través de los años— "Ciorán ha optado ya por un camino del que nunca se apartará: el de la búsqueda infinita de sí mismo"³.

No es una búsqueda apacible por su carácter recio y volcánico. En un lapso de dos años permaneció como becario en Alemania, y ello le pone en contacto con el ascenso del hitlerismo, agigantado por los excesos del fanatismo, efecto de masas hipnotizadas por el amo. Tentado siempre por la desmesura, Ciorán se aproxima al budismo para "no dejarme intoxicar o contaminar por el hitlerismo". Parece vivir al acecho de sus impulsos, porque ya sabe a qué estado lo conducen, pero ellos afloran en la palabra y el estilo con precisión lacerante.

Uno de los dramas que emerge en forma permanente, puede vislumbrarse a través de la tensión entre afirmar su soledad, el escepticismo

¹ Liiceanu, G.: E. M. Cioran. Los continentes del insomnio. Nota explicativa: Chestov (Kiev 1866-Paris 1938) escritor y filósofo ruso influido por Tolstoi, Nietzsche, Pascal y Kirkegaard. Opuso la experiencia del absurdo y la tragedia de la existencia humana a las verdades evidentes y tranquilizadoras de la razón. Suplemento del número 54. De la revista *debats*. Valencia 1995.

² Cioran, E. M. Conversaciones. Entrevista con Helga Perz. Tusquets Edit. 1995. ps. 27-28.

³ Obra citada.

acerca del vínculo social, su independencia del otro en todos sus matices, —en términos de Lacan, el semejante, el interlocutor que dá sentido, el amo arbitrario, el padre muerto que da paso a la ley— y por otro lado en la práctica y a lo largo de su vida, hizo amistades, fué fiel a muchas, se mantuvo en contacto: con sus padres a quienes *daba cuenta* en su correspondencia del efecto que causaban sus libros, con su hermano Aurel, interlocutor frecuente de sus reflexiones y por quien asume la culpa de haber sido condenado a prisión, con sus amigos benefactores, con los mendigos-filósofos, con las prostitutas compañeras de juventud, con la vida misma... por 84 años!

La oscilación entre extremos y la contradicción entre la disertación y lo vivido se impone sin que tenga inconveniente en reconocerlo. La negación argumental, aunque reiterada y vehemente en el tono trágico, en la obsesión por desestructurar aún lo que piensa, en la defensa de la inanidad del ser, queda desvirtuada en la vida y obra de Ciorán.

Un episodio que ilustra el trasfondo de su lucha, se relaciona con la emigración. Luego de terminar su carrera, y de trabajar como maestro sólo por un año, consigue una beca de doctorado y se instala en París e 1937. Para entonces sus lecturas, incluían a Baudelaire, Proust, Shakespeare, moralistas franceses y místicos españoles. Escribe algunos libros en rumano, pero en 1937 renuncia a su nacionalidad y un poco más adelante a su lengua materna. Elige mantenerse apátrida, vivir en París y escribir en francés hasta su muerte, ocurrida el 20 de junio de 1995.

No son decisiones intrascendentes. Para la subjetividad implica un corte doloroso con su pasado afectivo. En lo simbólico renuncia a la amplitud expresiva de su lengua, para imponerse códigos estrictos de racionalidad que sujetan la desmesura de su verbo. Es un momento interesante para los estudiosos del inconsciente. Ciorán no es un sujeto cualquiera. Parece más bien el testimonio fehaciente de la división subjetiva propuesta por Freud y ampliada por Lacan. El estudio de su vida y obra ofrece múltiples vetas de exploración en tanto son testimonio de una existencia que hace contrapunto al discurso sobre el sujeto.

Entre 1940 y 1995 escribe casi toda su obra, que cambia del ensayo al aforismo. Por un tiempo vive a expensas de la seguridad social y del apoyo de sus amigos. Gana premios literarios que rechaza a pesar de su precaria situación económica, percibe con una mezcla de placer y disgusto el reconocimiento que le otorgan, recibe a sus lectores, y hace desistir a muchos del suicidio que en algún momento ha

defendido, convive con su pareja, y en el ocaso soporta el dolor de la enfermedad que apagó su lucidez: Alzheimer.

La escritura como salvación y el estilo como huella...

...de la oposición entre el yo y el Otro, el desafío y la culpa...

Siempre he buscado paisajes anteriores a Dios.

De ahí mi debilidad por el caos (1. p.104)

Nadie podrá quitarme del espíritu que éste mundo es el fruto de un dios tenebroso cuya sombra prolongo, y que me corresponde agotar las consecuencias de la maldición suspendida sobre él y su obra (1. p. 104)

Devorado por la nostalgia del paraíso sin haber conocido un sólo acceso de fé verdadera (2. p. 198).

'Vivíamos en el campo, yo iba a la escuela, y, detalle importante, dormía en la misma habitación que mis padres. Por la noche, mi padre acostumbraba a leerle en voz alta a mi madre. Aunque era presbítero, leía de todo, pensando, sin duda, que, dada mi edad, no estaba en situación de comprender. Por lo general yo no escuchaba y me dormía, salvo si se trataba de un relato apasionante. Una noche agucé el oído. Se trataba, en una biografía de Rasputín, de la escena en que el padre, en su lecho de muerte, llama a su hijo para decirle: "Ve a San Petersburgo, aduéñate de la ciudad, no te detengas ante nada y no le temas a nadie, pues Dios es un viejo cerdo".'

Tamaño enormidad en boca de mi padre, para quien el sacerdocio no era una broma, me impresionó tanto como un incendio o un terremoto. Pero también recuerdo con claridad —y de ello hace ya cincuenta años— que a mi emoción siguió un extraño placer que no me atrevo a llamar perverso (3. p. 61-62).

Es concebible abrazar una religión fundada por otro? (2. p. 188).

Oración. Súplica a Dios. Debate con el padre (4. p. 227).

Haber cometido todos los crímenes: salvo el de ser padre (3. p. 12).

del debate entre la vida y la muerte, el deseo y la inanidad, la lucidez y el engaño...

En teoría, me importa tan poco vivir como morir; en la práctica, estoy desgarrado por todas las ansiedades que abren un abismo entre la vida y la muerte... (1. p. 119).

La obsesión del suicidio es propia de quien no puede ni vivir ni morir y cuya atención nunca se aparta de esa doble imposibilidad (1. p. 69).

Vivir es una imposibilidad de la que no he dejado de tomar conciencia, día tras día, durante, digamos, cuarenta años... (1. p. 109).

Había venido desde lejos a buscar el sol, y el sol, hallado al fin, me era hostil. ¡Y si me lanzase desde lo alto del acantilado? Mientras hacía consideraciones mas bien sombrías mirando a la vez los pinos, las rocas y las olas, sentí de repente hasta qué punto me encontraba sometido a éste bello universo maldito (2. p. 94).

Toda lucidez es una pausa de la sangre (4. p. 156).

La sabiduría disimula nuestras heridas: nos enseña a sangrar a escondidas (1. 130).

Incurable: adjetivo honorífico del que no debería beneficiarse mas que una enfermedad, la más terrible de todas: el deseo (1. p. 111).

El escepticismo es la fe de los espíritus ondulantes (1. p. 131).

¡La conciencia de la nada unida al amor a la vida? Un Buda de bulevar... (4. p. 156).

¡Ser? Una falta de pudor (4. p. 190).

Shakespeare y Dostoievski hacen que persista en nosotros la nostalgia de no ser santos o criminales. Esas dos maneras de autodestruirse... (9. p. 40-41).

de la rigidez de sus obsesiones...

No deja de confundirme la energía y virulencia de mi taedium vitae. ¡Tanto vigor en un mal tan desfalleciente! A esa paradoja debo la incapacidad para escoger por fin mi última hora (3. p. 93).

Durante años, durante una vida, pensar sólo en los últimos momentos para comprobar, cuando por fin se acerca uno a ellos, que ha sido inútil, que la idea de la muerte ayuda a todo, salvo a morir (3. p. 24).

Siempre que no pienso en la muerte tengo la impresión de trampear, de engañar a alguien dentro de mí (3. p. 34).

Sin el deseo de la muerte, yo nunca habría tenido la revelación del corazón (4. p. 162).

Aniquilamiento primaveral, realización más que abismo, la muerte sólo nos dá vértigo para mejor elevarnos por encima de nosotros mismos, a idéntico título que el amor con el cual está emparentada por más de un aspecto: uno y otra, forzando el marco de nuestra existencia hasta el punto de hacerlo estallar, nos desintegran y nos fortifican, nos arruinan por el rodeo de la plenitud (5. p. 193).

Uno se sumerge en el amor como en la muerte, pero no se medita sobre ellos; se les saborea, se es su cómplice, pero no se los sopesa (5. p. 194).

(...) La euforia de los entusiastas se debe precisamente, al hecho de que ignoran la tragedia del conocimiento. (...) El espíritu no eleva: desgarrar (...) (6. p. 135).

del peso de la culpa y la ira, transformados en autodenigración, ironía, humor negro...

He decidido no detestar mas a nadie desde que he observado que termino siempre por parecerme a mi último enemigo (3. p. 30).

Si uno pudiera contemplarse con los ojos de los demás, desaparecería al instante (3. p. 46).

La amistad es un pacto, una convención. Dos seres se comprometen tácitamente a no decir jamás lo que en el fondo piensa el uno del otro. Una especie de alianza hecha de precauciones (7. p. 147).

Todo el mundo me exaspera. Pero me gusta reir y no puedo reir solo (2. p. 134).

Soy un escéptico o un flagelante? No lo sabré nunca. Mejor así (7. p. 141).

Tener el vicio del escrúpulo, ser un autómatas del remordimiento (1. p. 100).

Primer deber al levantarse, avergonzarse de uno mismo (1. p.100).

¡Pensar de golpe que se tiene un cráneo y no perder inmediatamente la razón! (1. p. 102).

Estoy harto de ser yo y, sin embargo, rezo sin cesar a los dioses que me devuelvan a mi mismo (1. p. 131).

Sufrir es la manera de estar activo sin hacer nada (4. p. 93).

Parodiando a Cioran, algún comentario, es un comentario de más... Ψ

Textos Mencionados

- Cioran E. M. *El aciago demiurgo*. Taurus Ediciones. Madrid. 1989.
Ese maldito yo. Tusquets Editores Barcelona. 1988.
Del inconveniente de haber nacido. Taurus Ediciones. Madrid. 1992.
El ocaso del pensamiento. Tusquets Editores. Madrid. 1995.
La tentación de existir. Taurus Editores. Madrid. 1988.
En las cimas de la desesperación. Tusquets Editores. Barcelona. 1993.
Desgarradura. Tercer Mundo Editores. Bogotá.
Conversaciones. Tusquets Editores. Barcelona. 1997.
De lágrimas y de Santos. Tusquets Editores. Barcelona 1994.
 Liceanu. G. E.M. *Cioran. Los continentes del insomnio*. Suplemento de la revista *debats* número 54. Valencia. 1996.